

EL MARQUÉS DEL DUERO Y SU TIEMPO

Juan Gay Armenteros

1.- El recuerdo de una fecha.

En 1968 D. Jesús Pabón daba una sugerente conferencia en el Instituto de España¹. Se trataba de recordar el centenario de lo que el historiador consideraba el final de esa denominación suya del *régimen de los generales*. Ahora estamos en 2008, es decir ciento cuarenta años de ese final y, aunque algunas de las conclusiones de Pabón han sido discutidas por estudios posteriores, no he encontrado en la profundización de la bibliografía posterior un desmentido rotundo a su planteamiento esquemático.

La pregunta fundamental es ¿existió ese régimen de los generales? Puede ser que haya discrepancia en la denominación, pero es cierto que la época isabelina desde sus comienzos está caracterizada por una fuerte presencia de los generales, primero por pura supervivencia y luego como necesidad de mantenimiento.

Uno de los problemas que siempre tuvo presente Cánovas a la hora de diseñar el sistema político de la Restauración a partir de 1874 será evitar lo que él consideraba los errores del pasado, todo aquello que había contribuido a la inestabilidad política. Y para el político malagueño estaba claro que había existido un excesivo peso de los generales en el liderazgo político, por dos causas fundamentales: primera, las guerras civiles carlistas; segunda, la debilidad social de los incipientes partidos políticos liberales. Ambas causas se complementan, desde luego, y explican muchas de las decisiones que llevaron a Cánovas en el sistema político que recibió su nombre: pocos, pero fuertes, partidos políticos, alejamiento de los militares de la política.

Los políticos de la Restauración intentaron explicarse eso del *régimen de los generales*, probablemente en la primera reflexión que se hizo en nuestro país sobre ese fenómeno histórico. Romanones siempre pensó que el comienzo de todo estuvo en la Guerra del a Independencia, y en el año en que estamos la perspicacia del conde hay que reconocerla. Aquel conflicto supuso una enorme confusión entre sociedad y milicia y, tal vez, el ejemplo más evidente lo constituyan los guerrilleros que surgieron en diversas partes de la geografía española. El Marqués de Lema, por el contrario, retrasa el nacimiento del fenómeno histórico, al triunfo del pronunciamiento de Quiroga y Riego en 1820².

¹ PABÓN, J: *El régimen de los generales desde una fecha y un archivo*, Madrid, 1968.

² LEMA, M de: *Entre la Revolución y la Restauración*, Madrid, 1927.

Es cierto que desde 1808 hasta 1839 la situación de España favorecerá el protagonismo de los militares. Tras la Guerra de la Independencia, el país vivirá dividido y enfrentado, durante el sexenio absolutista (1814-1820) los intentos de pronunciamientos fueron continuos³ hasta que finalmente triunfó el del Riego. Además de esto hay que añadir la guerra por la independencia de América, en que se perdieron casi todas las colonias. Y al final del reinado del “rey felón”, como lo llamaron los liberales, comenzará la guerra civil carlista. Así que son más de treinta años de conflicto.

Toda guerra empuja a primera línea de la sociedad a los militares, es inevitable. Si no queremos aceptar la cínica máxima de Clausewitz: “La guerra es la política con otros medios”. La primera guerra civil carlista presenta además dos aspectos que merecen tenerse en cuenta: por un lado, es una guerra entre dos conceptos del mundo y de la política⁴, y para la monarquía isabelina de pura supervivencia, o ellos o nosotros. De modo que los generales que están defendiendo el trono de Isabel II se convertirán en protagonistas y en objeto de atención especial. De ellos depende toda la arquitectura liberal: las cartas que Mendizábal escribe a Luís Fernández de Córdova, en aquellos momentos general en jefe del ejército del Norte, constituyen un paradigma del papel fundamental que podría tener una victoria sobre el carlismo para el régimen liberal, pero al mismo tiempo de la debilidad política de los propios liberales⁵. Córdova no pudo ser y, finalmente, fue Espartero. Con él tenemos al primero del *régimen de los generales*, pero no será el único, claro está, porque en la nómina a lo largo de treinta años estarán Narváez, O'Donnell, Serrano, Prim, los dos Córdova, los dos Concha, por citar los más relevantes. En realidad estos y algunos más, como Castaños, Ahumada, Pavía y los que se movían en su entorno formaban lo que Christiansen ha denominado los príncipes de la milicia isabelina⁶.

Frente a la idea que predominó durante la Restauración y durante el franquismo, estos militares decimonónicos son liberales, y el personaje galdosiano lo advirtió con exactitud “. . . a esto (un Ministerio absolutista) hemos de llegar, si no lo remedia quien puede, que es el Santo Ejército. . . No hay España sin libertad y no hay libertad sin

³ ARTOLA, M: *La España de Fernando VII*, Madrid, 1978. CEPEDA GÓMEZ, J: *El ejército español en la política española (1787-1843): conspiraciones y pronunciamientos en los comienzos de la España Liberal*, Madrid, 1990.

⁴ CLEMENTE, J.C: *Los orígenes del carlismo*, Madrid, 1979.

⁵ GAY ARMENTEROS, J: *Política y administración en los comienzos de la España contemporánea*, Granada, 2007.

⁶ CHRISTIANSEN, E: *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*, Madrid, 1974.

Ejército”. Estos generales salvan el trono de Isabel II, porque para defender la monarquía absoluta ya estaban los carlistas. Son liberales y, en consecuencia, defienden un sistema político basado en un texto constitucional que delimite el poder real y que establezca la división de poderes.

Parte de ellos acabarán siendo líderes políticos y pasarán de la milicia a la política con el apoyo civil de los partidos. La época isabelina basculará en torno a Espartero, Narváez, O’Donnell, Prim y Serrano, que estarán en primerísima fila de la política del país con distintos posicionamientos. Espartero será un militar bravo y piadoso a la vez, acabará siendo un héroe popular, pero políticamente fue un hombre de criterios bastante simples. Narváez, hombre de genio, será más complejo. La trayectoria de uno y otro (Espartero y Narváez) acabará colocándolos como líderes del partido progresista y el partido moderado respectivamente, pero ya en su tiempo el sacerdote catalán Balmes pensaba que estaban cambiados, que el lento de Espartero era el líder de los rápidos, los progresistas, mientras que el rápido de Narváez acabará dirigiendo a los lentos, los moderados.

O’Donnell fue el más político de todos los generales del régimen (se decía que era político hasta cuando dirigía la guerra), y el que más consenso y apoyos contó entre sus compañeros de milicia, entre ellos al marqués del Duero. Prim es el más inquieto de todos ellos, conspirador nato y poco dado a los matices, Valle Inclán decía que para el general catalán la política era una cuestión de “atributos viriles”. Serrano estará en todas las situaciones, coincidirá con todos y será el hombre de las transiciones.

Estos cinco son, por antonomasia, los espadones románticos que tan bien ha estudiado Fernández Bastarache⁷. Pero, repito, no son los únicos. Entre los “príncipes de la milicia” quedan más y creo que destacan a niveles muy altos cuatro más, que fueron dos grupos de hermanos muy influyentes, los Córdova y los Concha.

De los primeros, Luís y Fernando Fernández de Córdova, destaca una suerte muy diversa. Luis Fernández de Córdova se convirtió en los primeros años de la regencia de M^a Cristina de Nápoles en la esperanza de los liberales y de la propia monarquía isabelina, aunque su trayectoria anterior parecía asociarlo a ideas absolutistas. Estableció un sistema coherente de bloqueo en las zonas del norte, base natural de los carlistas que, para muchos, fue el comienzo del fin del carlismo, a pesar de la política de expediciones. Sin embargo, no pudo o no quiso dejarse tentar por los

⁷ FERNÁNDEZ BASTARACHE, F: *Los espadones románticos*, Madrid, 2007.

halagos de la política progresista de Mendizábal, que le pedía en su propio beneficio una victoria rápida y contundente. Fracasó en 1838 al intentar un pronunciamiento, dando una idea de desconcierto y aislamiento bastante considerable. Y murió prematuramente en Lisboa, donde tuvo que exiliarse, en 1840.

Fernando Fernández de Córdova acabó siendo un arquetipo de general isabelino. Sabemos muchas cosas de su hermano y de su tiempo por las interesantes memorias que escribió⁸. Como Serrano, como Manuel Gutiérrez de la Concha, participó activamente en la guerra y en la política. La monarquía isabelina reservó a los generales del régimen un refugio político de primera fila, el Senado, especialmente el Senado tal y como aparece configurado en la Constitución de 1845. Los defensores del trono de Isabel II recibieron como recompensa el puesto de senadores vitalicios. Desde allí ejercieron una enorme influencia en muchos ámbitos y su inmunidad parlamentaria les permitió, en algunas ocasiones, conspirar contra el gobierno casi a la luz del día.

Hay, no obstante, una semejanza entre los Córdova y los Concha. Militarmente, la valía de Luís Fernández de Córdova fue semejante a la que tuvo Manuel Gutiérrez de la Concha. Ya he comentado la estrategia de Córdova en la guerra del norte, muy alabada por casi todo el mundo, salvo por los políticos del momento, que querían victorias rápidas. Y no hace falta que yo les recuerde la valía de los estudios y escritos, además de su propia actuación como militar, de Manuel Gutiérrez de la Concha, posiblemente el mejor estudioso militar de la España de su tiempo.

Fernando Fernández de Córdova fue un efímero y necesario, en última instancia, jefe del gobierno en condiciones apuradas para la reina Isabel en 1854, ante la revolución que estalló en esa fecha. José Gutiérrez de la Concha fue el último jefe de gobierno que nombró la reina en 1868, en la coyuntura que habría de costarle la corona y mandarla a exilio. Fernando Córdova mandó la expedición que envió el gobierno español a Italia en 1847 para, junto con otros países, proteger a Pío IX. Manuel de la Concha, mandó la expedición a Portugal, casi en la misma fecha de la de Córdova a Italia, entró en Oporto y fue decisivo en la protección de los intereses de la reina de aquel país María de la Gloria.

Llama la atención, no obstante, que esta presencia tan importante de los generales en la política isabelina haya merecido estudios generales, como el que en su tiempo realizara Payne⁹, además de los citados anteriormente, pero pocas monografías

⁸ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, F: *Mis memorias íntimas*, Madrid, 1966, 2 vols.

⁹ PAYNE, S: *Ejército y Sociedad en la España liberal, 1808-1936*, Madrid, 1977.

centradas en cada uno de estos personajes. Las aproximaciones y los “apuntes” que se han hecho sobre Manuel Gutiérrez de la Concha son de más valor que algunos de los realizados sobre los otros generales del régimen. Nuestra memoria histórica no sólo queda manca en muchas cuestiones de la guerra civil, sino del siglo XIX. Un personaje fundamental como Narváez carece de un estudio importante, sólo una buena aproximación de Pabón¹⁰ y poca cosa más, una pequeña y no satisfactoria biografía de Prados López y algún apunte agudo de Jaime Balmes¹¹. Lo mismo con Espartero, O’Donnell y Serrano, si bien llama la atención que todavía, a estas alturas, lo mejor sobre algunos de estos generales se deba a políticos del primer tercio del siglo XX¹².

La única excepción en un panorama bastante desolador, es el caso de Prim, no ya sólo por su misterioso asesinato, sino porque ha merecido la atención de estudios recientes, aunque de diverso valor¹³.

Reitero que la aproximación que sobre el Marqués del Duero hizo Carlos Seco es excelente¹⁴, lo mismo que la de José Luis Casado y Estíbaliz Ruíz de Azúa. Pero hay que reconocer también que al igual que con los Córdova y con casi todos los demás carecemos ,hasta ahora, de estudios extensos y contextualizados ampliamente. Y repito, una vez más, que esta parte de nuestra memoria histórica la hemos descuidado demasiado. Desde luego, y sería una injusticia no citarlo, siempre nos quedará Galdós. Sus retratos en los Episodios de Narváez y O’Donnell, y de todos los demás repartidos a lo largo de la obra, son impagables.

A estos generales del régimen los recordamos ciento cuarenta años después de dar por clausurado el sistema político que ellos ayudaron a implantar, pero también a modelar, de modo que no podemos entender nuestra historia contemporánea sin ellos, porque se ha forjado con ellos y muchas veces contra ellos.

2.- Una expedición en los comienzos del imperialismo

¹⁰ PABON, J: *Narváez y su época*, Madrid, 1983.

¹¹ PRADOS LÓPEZ, J.M: *Narváez. El espadón de Loja*, Madrid, 1952. BALMES, J: *Escritos políticos. IV*, Madrid, 1926.

¹² ROMANONES, C de: *Espartero o el General del Pueblo*, Madrid, 1954. VILLA-URRUTIA, M de: *El general Serrano, Duque de la Torre*, Madrid, 1929.

¹³ ANGUERA, P: *El general Prim. Biografía de un conspirador*, Barcelona, 2003. DE DIEGO, E: *Prim. La forja de una espada*, Madrid, 2003.

¹⁴ SECO, C: *Milicia y política: el marqués del Duero. Apuntes para su biografía*, “R. Academia de la Historia”, CLXXXIX, Madrid, 1992.

Entre 1830 y 1835 se puede dar por clausurada la Europa de la Restauración, la del Congreso de Viena, la de la contrarrevolución que fue definida por De Maestre “. . . no como una revolución al contrario, sino lo contrario de la revolución”. La reforma electoral en Gran Bretaña en 1832, el establecimiento de la monarquía de Luis Felipe en Francia (1830), e igualmente la llegada de los liberales al poder, en medio de sendas guerras civiles en España y Portugal, rompía el bloque conservador y antiliberal de la Europa restaurada en 1815.

La sublevación de los partidarios de D. Miguel contra la reina M^a Gloria en Portugal y la de los de D. Carlos M^a Isidro en contra de su sobrina Isabel II apuntaló aún más la ruptura en Europa. Favoreció la formación de lo que podíamos llamar un bloque occidental, en el que Inglaterra y Francia ejercieron de padrinos de unos regímenes liberales débiles, amenazados por los movimientos absolutistas: aquí vinieron legiones auxiliares inglesas y francesas para combatir a los carlistas. Para ayudar a los liberales portugueses se movilizó, con todo su ingenio en el manejo de las finanzas, un político español exiliado en Londres en la época de Fernando VII, D. Juan Álvarez Mendizábal¹⁵. Todo se acabó concretando en la firma de la Cuádruple Alianza entre Francia, Inglaterra, Portugal y España, para la consolidación y defensa del liberalismo en este trozo del continente.

Una de las consecuencias de las guerras civiles en la Península Ibérica será la de otorgar a las grandes potencias occidentales (Inglaterra y Francia) un efectivo control de la política nacional en España y Portugal. Pero no se trata sólo de una situación concreta (las amenazas contra el liberalismo) que hay que controlar, sino de un planteamiento mucho más amplio, que surge con el nacimiento del siglo XIX y que se alargará casi toda la centuria, por controlar el Mediterráneo y las rutas marítimas hacia Oriente Medio y Asia¹⁶. Primero fueron los enfrentamientos entre la Francia revolucionaria y napoleónica con Inglaterra en Egipto y Palestina, después lo que en los años treinta se denominarían las crisis de Levante y más adelante, definitivamente, la cuestión de Oriente.

Estratégicamente las dos potencias necesitan no sólo controlar las rutas mediterráneas, sino sobre todo las puertas del Mediterráneo: Egipto y Oriente Medio,

¹⁵ JANKE, P: *Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1853)*, Madrid, 1974.

¹⁶ Sigo en este aspecto, en parte, las ricas sugerencias que en muchas obras dedicadas a la España isabelina, realizó el gran historiador José M^a Jover.

por un lado, y la Península Ibérica por otro, donde ya los ingleses tenían Gibraltar y los franceses empezaban a expandirse por Argelia.

Así que en ese ámbito, el control de los países ibéricos era fundamental, y eso ya se puso de manifiesto en la Guerra de la Independencia, ahora que la estamos conmemorando. Inglaterra había convertido a Portugal en una especie de protectorado desde comienzos del siglo XVIII, algo que aceptaron de buen grado los nacionalistas portugueses por esa especie de miedo telúrico que siempre han tenido a España, de modo que consideraban el paraguas protector británico como una garantía de independencia.

La crisis española de 1833 hizo más complicadas las cosas. Se ayudó a las tropas de la reina Isabel a combatir al carlismo, pero también se controló directa o indirectamente la política española. Los liberales españoles tuvieron una izquierda y una derecha que se concretó en el partido progresista, por un lado, y en el partido moderado, por otro. Seguramente el exilio liberal tuvo que ver en esta división¹⁷, pero también, claro está, existían concepciones políticas distintas. El hecho es que finalmente Inglaterra acabó siendo la patrocinadora de los progresistas y Francia de los moderados. No hubo que invadir militarmente el país, ni establecer gobiernos títeres, bastaba con controlar a los partidos que gobernaban. España era la puerta occidental del Mediterráneo.

Los generales del régimen, en buena medida, se dividieron en estas opciones de patrocinio externo: Espartero siempre estuvo al lado de Inglaterra, Narváez de Francia. El primero dio el arancel de 1841 que, aunque no era librecambista, posibilitaba una mayor entrada de productos textiles británicos en nuestro país. El segundo fantaseó con Guizot en convertirse en socio preferente de Francia para la conquista del norte de África.

Al respecto, es interesante la postura del marqués del Duero. Del resto de sus compañeros sabemos bien por dónde circularon en política internacional. De D. Manuel Gutiérrez de la Concha conocemos su acercamiento político a O'Donnell y lo que representó en la España de su tiempo. Y esto merece una cierta reflexión. Nuestro Concha no fue esparterista, como le pasó a bastantes militares que participaron en la primera guerra carlista, no porque Espartero no fuese un bravo militar, aunque cometiese errores, sino por sus actuaciones anteriores y posteriores. Justa o injustamente

¹⁷ SÁNCHEZ MANTERO, R: *Liberales en el exilio*, Madrid, 1980.

muchos de sus compañeros llamaban al duque de la Victoria y sus amigos con el calificativo despectivo de “ayacuchos”, es decir los asimilaban a la derrota de Ayacucho, en la que participaron y en la que se perdieron buena parte de las colonias americanas definitivamente. Creo que aquí hay una raíz del distanciamiento de D. Manuel de Concha de Espartero. No olvidemos los orígenes familiares, hijo de un alto representante de la corona española en el virreinato de la Plata y, aunque para las fechas de Ayacucho, ya estaba la familia en España, la muerte del padre y los comentarios dañinos (se llegó a hablar de que Ayacucho fue una traición) acabaron por apartar a Concha del héroe indiscutible de la victoria sobre el carlismo.

Más adelante, la política del Espartero regente aumentó el foso de la separación. Manuel de la Concha conspiró con otros contra el regente, participó en el asalto al palacio real, aunque tuvo más suerte que Diego de León, y tuvo que marcharse al exilio. Llama la atención el lugar que eligió, Florencia, frente a lo que era usual en los exiliados españoles de la época, Londres o París, y esto sugiere también una mayor independencia frente a las presiones políticas de estas potencias. En Londres seguramente no sería bien recibido por su inquina contra Espartero. En París estaba la plana mayor del partido moderado con la antigua regente M^a Cristina de Nápoles a la cabeza, pero también con Narváez, allí hubiese sido mejor acogido, pero no fue a París, se fue a Florencia. Y aquí surge otra hipótesis, que merece la pena tener en cuenta, su falta de compenetración con el espadón de Loja, con el que, por otra parte, tenía muchos puntos en común, que seguramente hacían que las dos personalidades se repeliesen: de genio vivo ambos, con escasa capacidad para las componendas y sobre todo contrarios a cualquier tipo de camarillas, como la que rodeaba primero a M^a Cristina y, más tarde, a su hija Isabel¹⁸.

El autoritarismo político de Narváez, sus preferencias por Francia, aunque acabara disgustado por el asunto del matrimonio de la reina en 1846, en el que el rey Luis Felipe acabó imponiendo su criterio, después de pactar con el gobierno británico, al margen del gobierno español. La excesiva centralización de Narváez y sus amigos, como Bravo Murillo, llevaron a Concha a una compenetración cada vez mayor con los sectores más templados del moderantismo: primero con los denominados puritanos, dirigidos por Juan Francisco Pacheco y, más adelante, con la aventura unionista del

¹⁸ COMELLAS, J.L.: *Isabel II. Una reina y un reinado*, Barcelona, 1999. BURDIEL, I: *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, 2004.

propio O'Donnell. Es decir, trasponiendo un lenguaje político de nuestro tiempo, hacia posiciones centristas y con una cierta independencia de política internacional.

En esas circunstancias y evolución política no es de extrañar que sea el gobierno de Pacheco, denominado por sus adversarios como los “puritanos”, por ser más respetuoso con las normas parlamentarias y menos autoritario que Narváez, el que nombre a D. Manuel Gutiérrez de la Concha jefe de la expedición para intervenir en Portugal en 1847 en contra de los rebeldes a la reina M^a Gloria.

Cristóbal Robles Jaén ha estudiado con detalle el tema y nos exime de volverlo a plantear¹⁹. Pero quisiera destacar brevemente dos cuestiones relacionadas con lo que venimos desarrollando. En primer lugar, esta nueva alarma portuguesa, que casi coincide en lo que se ha aceptado en llamar la segunda guerra carlista (de los matiners), si bien no tuvo la trascendencia e importancia de la primera ni de la tercera, amenazaba otra vez con desestabilizar es bloque occidental que se había formado en los años treinta, sobre todo cuando a los rebeldes contra el gobierno portugués acabaron sumándose , una vez más, los miguelistas. Además esto ocurría en el país de especial preferencia de Inglaterra.

Los ingleses pusieron todos los obstáculos posibles a una intervención militar española, que tal vez pudiese significar el comienzo de una influencia no deseada de España en Portugal. Pero el gobierno y el general Concha dieron muestras de su independencia al respecto, pues como dijo Pacheco nada de lo que ocurriese en Portugal podía ser ajeno a España.

Todo el mundo ha destacado la organización y la marcha expedicionaria hasta Oporto dirigida por Concha, el cuerdo con la junta de Oporto y el manifiesto del general disipando cualquier duda sobre el intervencionismo español. El triunfo de Concha, en unas condiciones muy difíciles, exacerbó la inquietud del gobierno británico, que se quejó ante el español, alegando que Gutiérrez de la Concha se había excedido en sus atribuciones, si bien una vez más nuestro hombre fue defendido por el gobierno de Pacheco. El gobierno de la reina Gloria y el de España no tardarían en reconocer con condecoraciones y títulos los méritos del general.

En segundo lugar, esta independencia de actuación en la política internacional, que se salía de la mera subordinación a Francia o Inglaterra, acrecentaría, además de otras cosas, su apoyo a O'Donnell, no ya sólo por su flexibilidad política, sino por su

¹⁹ ROBLES JAÉN, C: *España y la Europa liberal ante la crisis institucional portuguesa (1846-1847)*, Murcia, 2003.

política internacional, de mayores miras y una excepción en esta cuestión en todo el siglo XIX. África, América e incluso Asia marcan una nueva perspectiva de amplios vuelos, con la que seguramente el marqués del Duero se sentiría conforme e identificado.

Por eso le molestó tanto, como a tantos, el trato final que Isabel II, a la que Galdós llamó “la de los tristes destinos”, dio a O’Donnell, y sólo la fidelidad familiar a su hermano José, nombrado “in extremis” jefe del gobierno por la reina en septiembre de 1868, último intento de atajar la revolución imparable, le mantuvo a este lado de la barricada. No era un revolucionario, pero compartía el sentir de que con Isabel II era imposible seguir, de ahí el apoyo de los Concha a los trabajos de la restauración monárquica, que no tardaría en iniciar Antonio Cánovas del Castillo²⁰.

3.- Algo sobre la Andalucía del marqués del Duero.

En plena reconsideración de muchas cosas en la historia de España, Jordi Nadal marcó un hito con un trabajo sobre “el fracaso de la revolución industrial” en España, un fracaso que fue el fracaso de Andalucía²¹, puesto que aquí fue donde comenzó y antes terminó esa “revolución”, en la baja Andalucía (eje Sevilla-Cádiz), en Málaga (aventura empresarial de los Heredia en Marbella) y toda la eclosión minera almeriense (el plomo de las pequeñas explotaciones de las sierras en torno al Almanzora, simbolizadas más adelante en la pequeña sierra de Almagrera). Un fracaso, en la interpretación del historiador catalán que arrastró a más cosas en nuestra tierra y en todo el país. Hoy creo que se ha corregido bastante la interpretación de Nadal, porque la realidad andaluza, al menos hasta los años setenta del siglo XIX, en términos generales, presenta realidades no destacadas suficientemente.

Hay una primera realidad: Andalucía y el liberalismo. También la podríamos formular como las bases andaluzas del liberalismo hispánico. Andalucía, desde las Cortes de Cádiz, fue el escenario político y social de las manifestaciones más relevantes de la revolución liberal en España: Cádiz, Las Cabezas de San Juan, Andujar, Málaga, Sevilla, Granada. . . Con la aportación de muchos nombres: Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Mendizábal, el conde de las Navas, el propio Narváez y hasta Cánovas, por

²⁰ ESPADAS BURGOS, M: *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, Madrid, 1990. Dedicó bastantes páginas a la colaboración de los Concha a la obra canovista.

²¹ NADAL, J: *El fracaso de la revolución industrial en España (1814-1913)*, Barcelona, 1991.

citar sólo unos cuantos en una nómina bastante extensa. Sin ser excluyentes, durante la primera mitad del siglo XIX, se puede aventurar, con todas las prevenciones que se quieran, que la implantación del sistema liberal en España fue cosa de los andaluces, y habría de ser un andaluz también, quien concrete la última versión del liberalismo doctrinario en nuestro país, pero al mismo tiempo abría la puerta a un cambio importante, el denominado giro al norte de la política española, en el cual Andalucía pierde peso específico a favor de Cataluña y el País Vasco, en función del desarrollo económico de estos territorios. Es un hecho que hay que destacar y en el que hay que insistir: aquí no hubo rebeliones ultras como en el norte, ni el establecimiento de regencias apostólicas.

Creo que una de las razones de lo anterior, de esta Andalucía liberal que conoció el general Concha es que, hasta bien entrado el siglo XIX, Andalucía fue la zona más urbanizada de España: grandes, medianas y pequeñas ciudades. Aquí estaba la verdadera “clase media” del siglo del liberalismo. Es una población muy heterogénea, desde luego, y muy segmentada: desde los grupos de comerciantes y negociantes de Cádiz y Málaga hasta la burocracia de ciudades de servicios, como Granada, o toda una población artesanal urbana en todas partes. No hay nada parecido en el resto del país y explica esa persistencia sureña en la revolución liberal, que al final le sería sustraída en cierto modo.

Pero explica también que aquí se fuera pionero en el despuntar tecnológico y empresarial de la revolución industrial. Muchas de las razones apuntadas hace tiempo por Nadal y sus discípulos no responden todas a la realidad de Andalucía, ni menos aún la falta de una mentalidad empresarial.

Por lo que sabemos, Manuel Gutiérrez de la Concha encontró un buen caldo de cultivo para sus iniciativas económicas y empresariales, pero no fue el único. Casi por las mismas fechas en que piensa en darle otro aire a las propiedades de su mujer, otro político andaluz de la época, Javier de Burgos, escribía a su familia sobre la necesidad de poner en explotación intensiva la caña de azúcar de Motril²², y elucubraba con cierta nostalgia, del verdadero plantel de riqueza que existiría desde Gibraltar hasta Francia, es decir en toda la costa mediterránea, si existiesen dos condiciones: primera, el castigo y represión del contrabando de la roca, que dañaba fuertemente los intereses españoles, y segundo, la continuidad de aquel espíritu ilustrado, que había hecho nacer las

²² GAY ARMENTEROS, J: *Javier de Burgos*, Granada, 1999.

Sociedades Económicas de Amigos del País, que había colonizado Sierra Morena, había intentado todo, fracasado en mucho, pero que había conseguido algo, para muchos bastante. Y es que el político motrileño tenía una mentalidad dieciochesca.

Concha era lo que hoy llamaríamos un emprendedor, con ideas claras sobre la modernización de sus tierras, a quien no le importa acudir a las exposiciones del extranjero para traerse las últimas máquinas y, al menos en su intención, un reformista social con sus colonos, pero esto último no lo logró enteramente. El gobernador Guerola, en la edición que se hizo de sus memorias de actuación en diversas provincias andaluzas, cuando se refiere a Málaga nos habla de un general influyente, tanto por él como por sus hermanos (uno, como es sabido también general y otro diplomático), senador vitalicio, con contactos muy importantes en el mundo de la política (el “virrey de las afueras” lo denominaban), hombre de genio y tenaz, que se desesperaba con la corta visión de muchos de sus vecinos de propiedad, que no querían cambiar nada, y sobre todo con la parálisis y lentitud de la administración a la hora de tramitar expedientes que fuera propicios para sus empresas modernizadoras.

Seguramente, la importante labor que el marqués del Duero hizo en San Pedro Alcántara y en otras propiedades próximas a Málaga esté relacionada con la ebullición de ideas que existía en esta provincia malagueña, y en el apartamiento voluntario que muchas veces realizó de la política activa. Era un pragmático, que quería poner en producción y sacarle valor a las propiedades de su esposa, bastante descuidadas por la dejadez de su suegro.

No es lo mismo que le ocurrió a Serrano o a Narváez. El cortijo de La Torre en la pequeña localidad jiennense de Escañuela, acabó siendo un enorme latifundio, sin que el “general bonito” le prestase mucha atención. Lo mismo que Narváez, que sólo se preocupó de que el ferrocarril pasase por sus tierras de Loja y poca cosa más. Pero ambos, Serrano y Narváez, al contrario que Manuel de la Concha, estuvieron hasta el final en la política y murieron en ella.

Andalucía perdió el tren de la “revolución industrial” por muchas razones, que no son del caso ahora y el fracaso social, que no económico, de la desamortización también tuvo bastante que ver, pero aquí hubo gente que quiso hacer cosas, amparada por el cambio político que se palpaba en sur. Es verdad que la pérdida de ese tren al que acabo de hacer mención hizo que se pasase de la Andalucía de los emprendedores a la Andalucía de los señoritos. Mudanza dramática, que ha mantenido un cliché difícil de romper en otras partes de España-

D. Manuel de la Concha fue un emprendedor, ya lo he dicho, pero a la postre un militar de fuste, un hombre de la guerra y de la teoría militar, como demuestran sus publicaciones al respecto alabadas por casi todo el mundo. Liberal templado y más independiente que muchos de sus colegas generales. Defendió un sistema político liberal y encontró en Andalucía la raíz de esas ideas políticas que él estaba defendiendo, también encontró la posibilidad de desarrollar su pragmatismo y reformismo social.

Una bala carlista lo mató lejos de nuestra tierra, todo un símbolo que representaba todo contra lo que había luchado, pero también esa bala representaba lo que se quería destruir en el avance hacia la modernidad de España.